

# DE LO CERCANO Y LO LEJANO EN EL CONTEXTO DE LA EDUCACIÓN A DISTANCIA

Héctor José Huyke

Profesor

Departamento de Humanidades

Recinto Universitario de Mayagüez

**Trabajo presentado en la Conferencia Internacional de Educación a Distancia**

Agosto de 2005

Aclaremos un poco de donde viene y hacia donde quiere ir una exposición crítica como esta. Trabajamos en lo que se conoce como filosofía de la tecnología. Como suele ocurrir en las disciplinas filosóficas, quizás haya tantas definiciones de la filosofía de la tecnología como muy serios interrogadores e interrogadoras de todo lo que pueda significar la tecnología moderna en los diversos contextos en que se desenvuelve la vida humana.

Pero viene bien una definición que nos guíe al menos en torno a lo que vamos a decir de un complejo tecnológico particular, el cambiante complejo de instrumentalidades de información y comunicación que hacen posible lo que en esta conferencia internacional se ha denominado 'educación a distancia'. Si algo que los contemporáneos comúnmente hacemos ante un complejo tecnológico que se arraiga es todo lo que podamos hacer con el, que sin el no hubiéramos podido hacer o se nos haría más difícil alcanzar, la filosofía de la tecnología se pregunta, en primer lugar, por las implicaciones de acercarnos a las tecnologías por lo general de esa manera y no de otras, lo que nos lleva a estudios comparativos de cultura tecnológica, y al estudio crítico del concepto general del progreso y del concepto más específico del progreso a través de la tecnología. En segundo lugar, y esto es lo más importante para guiar la presente reflexión, ante un complejo tecnológico

que se arraiga, la filosofía de la tecnología también se pregunta por lo que en general vamos a dejar de hacer porque en nuestro contexto cultural la tendencia va a ser querer hacer más de lo que sin la novedad no podíamos hacer o se nos haría más difícil alcanzar.

Quisiera, para comenzar, dejar constancia de que voy a aprovechar las fuertes y valiosas críticas que me hicieron los colegas Heidi Figueroa y Juan Meléndez a un artículo publicado en la revista **Hermes** hace varios años. En aquella ocasión me concentré en dos de los puntos de vista más influyentes en mi disciplina, uno optimista y otro pesimista, para así llegar a donde se encontraba mi pensamiento, que es en estado de alerta. En esta ocasión, en estado de EXTREMA ALERTA, son tantas, tan valiosas y tan fuertes las críticas que tengo que atender con relación a mi análisis del punto de vista optimista que a duras penas llego a atender el análisis del punto de vista pesimista. Mi profundo agradecimiento a estos colegas por ponerme a pensar más allá de lo que pensé en aquella ocasión. Espero ahora hacer algo análogo con ellos y con todos ustedes aunque no llegue a decir todo lo que quisiera decir.

Pero primero tengo que dirigirme a un asunto que generalmente atañe a los administradores universitarios. Figueroa y Meléndez no son administradores universitarios. Tengo que dirigirme a un argumento preliminar que suele venir de los administradores: el argumento en torno a la competitividad: si no incursionamos nosotros en la educación a distancia, nosotros que lo podemos hacer mejor, lo harán los otros, nos comerán los dulces. En este caso, esto que les traigo, decía yo en mi libro **Anti-profesor**

es el equivalente académico de entrar en la intersección cuando la luz del semáforo cambia a verde, aunque con ello tranquilizamos la intersección con nuestro automóvil. Si no tomamos el espacio frente a nosotros, lo tomará el automóvil del lado. También nos tocarán bocina de atrás. De todas

maneras, no importa lo que uno decida, el tránsito se paralizará porque todos los demás ayudarán a trancar la intersección. Por lo tanto, no vale la pena quedarnos detrás de la línea de la intersección, aunque al avanzar unos metros la tranquilizamos. De hecho, en muchos países donde no se ha legislado al respecto, si uno no aprovecha y se coloca en medio de la intersección, uno podría quedarse estancado indefinidamente. (131)

Pues yo diría que es hora de no pasar la línea de la intersección, a ver si otros y otras entienden el problema que venimos a alimentar con nuestras bien intencionadas acciones, en lo que buscamos una genuina solución.

Procedo. Andrew Feenberg representó el punto de vista optimista. Formado en marxismo y teoría crítica, este filósofo se orienta por el concepto de la educación en línea como modo de producción, en este caso la producción de un servicio. En uno de sus libros más recientes Feenberg comienza su análisis y evaluación con una construcción hipotética. Nos dice que es imposible automatizar el contenido de la educación, es decir, aquello que sólo el profesor, por ser el experto, puede impartir. Sin embargo, según va el argumento, si separamos esa parte del resto del proceso, al menos teóricamente podríamos progresivamente automatizar todo lo demás y hacerlo hasta bajar los costos de producción del servicio. En ese caso, concluye Feenberg, *“A small number of well-paid ‘content experts’ will work as ‘star’ performers, while the delivery process is deskilled so that inexpensive tutors can handle interaction with students. In a really low-cost solution, discussion can be replaced by automated exercises. Eventually it will be possible to dispense with campuses altogether”*. (120) Uno se podría imaginar, por ejemplo, que hubiera un sólo curso de Introducción a la Filosofía para todo el sistema de la UPR que hubiera sido preparado con la ayuda de un buen equipo técnico y que hubiera puesto en primer plano, para todos los estudiantes del sistema, al mejor de los profesores de filosofía

que tenemos hoy día. Dependiendo de cuán económica fuera la solución, las unidades sólo requerirían de unos tutores, quizás unos estudiantes graduados en filosofía, que desde universidades en el exterior ayudaran a los estudiantes subgraduados a hacer los ejercicios preparados bajo la dirección del profesor estrella. Quizás un mejor candidato inicial sea el curso de Filosofía de la Tecnología, que es donde habría más escasez de recursos.

Algo que podemos notar de la hipotética y para muchos absurda opción es que se trata de una opción total con ciertas variantes según las circunstancias y según se quieran atender los costos, algo así como lo que la educación universitaria en su totalidad pudiera ser en un futuro: educación en línea como algo que viene a sustituir en bloque a la llamada educación universitaria tradicional.

Feenberg, según podemos anticipar, está en contra de esta opción automatizada, que es como él la llama. La opción automatizada es la abstracción con la que comienza el análisis que nos ha de mover de la analogía entre la educación y la fábrica a otra analogía más prometedora que veremos más adelante. Su optimismo es con relación a esa otra opción. En esto de que la opción automatizada está mal, Feenberg está de acuerdo con el no tan optimista conocido sociólogo David Noble que desde los noventa ha denominado ciertas universidades "*digital diploma mills*". A diferencia de Noble, sin embargo, Feenberg considera que el escenario que acabamos de resumir es muy poco probable. Los mismos profesores universitarios no lo van a permitir, según Feenberg. (123, 124) Noble, también de formación marxista, piensa que hay un genuino peligro de automatización; Feenberg no.

Juan Meléndez, uno de mis críticos al artículo en **Hermes**, está con Feenberg.

Cómo señala Meléndez en su crítica, la educación a distancia y la llamada educación tradicional terminarán complementándose en diversas formas. Quisiera aquí, no obstante, traer mi primer punto y es que hay un problema con esta forma de resolver el asunto contra las opciones más automatizadas y totales. Si por un lado, se pudiera desarmar al objetor en un buen número de sus típicos planteamientos en torno a (1) que profundizamos en la fijación de unas estructuras sociales jerárquicas ya existentes, (2) que viabilizamos panópticos foucaultianos y sistemas de seguridad y supervisión electrónica que pueden ser francamente formidables en comparación a los panópticos y sistemas actuales, (3) que sustituimos la diversidad por la homogeneidad aunque inicialmente parezca lo contrario, y (4) que desde el punto de vista de los lugares con menos fortalezas académicas probablemente atendamos la ausencia de recursos con un lejano experto, pasando por alto la posibilidad de fortalecer la cercanía haciéndose de su propio peritaje, lo que tiene efectos en el espíritu ya colonizado de alumnos y alumnas en lugares desaventajados; por otro lado, pudiéramos pasar por alto que en las prácticas que caracterizan nuestra cultura tecnológica, pasado cierto estado de configuración de las instrumentalidades que se arraigan, es poco probable que se puedan controlar las tendencias hacia cierto grado de automatización. En la literatura hay tanta evidencia de estas tendencias como de la complementarización diversa y enriquecedora de la que habla Meléndez.

Me explico. No nos referimos, de hecho, al problema general del capitalismo frente a la educación, a los efectos de que habrán fuerzas que se encargarán de favorecer las opciones que abaratan los costos no empuja los esfuerzos que se hagan para frenar los efectos adversos de esos procesos en lo que se refiere a proteger la calidad de la

educación y de la convivencia humana. Nos referimos al fenómeno cultural que en menos de un siglo convierte al automóvil en el medio de transporte hasta el punto de haberse rediseñado los espacios urbanos y los espacios entre las ciudades para su desplazamiento. Difícilmente podemos decir que el auto sirve de complemento, digamos, a andar por la ciudad, o a cualquier otro conjunto de medios de transporte. O pensemos en el teléfono móvil, algo que quizás como el auto motorizado, hubiera sido de gran utilidad para el desempeño óptimo en ciertas profesiones de salud y seguridad, más sin embargo, se ha convertido en instrumento para todo tipo de visitas y conversaciones, sobre todo en el contexto del distanciamiento y la fragmentación que vienen con el transporte individual a distancia (el automóvil) y el entretenimiento individual a distancia (el televisor). No se trata exactamente de opciones totales, como decíamos de la opción automatizada de la educación a distancia que nos presentaba Feenberg, pero en ambos casos, el del automóvil y el del teléfono móvil, se trata de algo que en parte por razones culturales que tenemos que discutir viene a hacerse presente y a predominar, más lo hace con gran fuerza. Y como estos, hay otros ejemplos. El asunto es que con estas cosas nos parece inicialmente que podemos hacer tantas otras cosas que no podíamos hacer o se nos haría más difícil alcanzar, que terminamos usándolas hasta pasar por alto lo que debemos llamar el **conjunto sustitutivo de las cercanías** que estamos construyendo, lo que requiere reflexión, y hasta prácticamente obstaculizar otras posibilidades, lo que también requiere reflexión.

No está remotamente establecido que el automóvil haya mejorado la convivencia en la ciudad, como tampoco que haya hecho que sea más fácil llegar de un lugar a otro, o que todo sea accesible. Ya en los setenta, el filósofo Ivan Illich hablaba de monopolios

radicales tecnológicos. Pero más bien, como dice Langdon Winner, siguiendo el análisis que hace Ludwig Wittgenstein del lenguaje, el automóvil, como el teléfono móvil, y posiblemente en un futuro algo así como la educación a distancia, se convierten en formas de vida, las formas en que predominantemente vivimos o en que por lo regular hacemos las cosas.

Nosotros entendemos, colega Juan Meléndez, que ustedes no creen en la eliminación del aula que ustedes llaman tradicional. Y nos alegramos de ello. También entendemos que, al menos en estos tiempos, la educación a distancia es una opción costosa, que requiere grandes inversiones y grupos pequeños si es que se quiere hacer bien. Tampoco podemos responsabilizarlos a ustedes de que algunos alumnos ya no quieran tener que ver a uno según han venido a entender el asunto de las horas de oficina, porque la simple pregunta que tienen la pueden hacer por correo electrónico o por el celular y es prácticamente imposible encontrar estacionamiento en el campus. Y no podemos responsabilizarlos a ustedes de que porque los estudiantes no tienen razón de peso para venir al campus a tomar una clase que toman a distancia, no quieran venir a tomar la otra clase, lo que puede redundar en un futuro tanto en venir de mal humor, como en venir con gran entusiasmo por la novedad de ello. Algunas o quizás todas las versiones de hibridación y complementariedad que ustedes proponen todavía hacen de nosotros unos vejstorios empeñados en sostener lo que ustedes llaman 'lo tradicional', que en el contexto de la reinante cultura tecnológica, es casi lo mismo que lo viejo y caduco y se acerca a lo folclórico. Sea como sea, lo que nos concierne no es lo tradicional y lo que nos concierne tampoco se resuelve con cualquier novedad (¿la tele-inmersión?) que pudiera estar a la vuelta de la esquina como cierto modo de perfección en la simulación de lo

presencial.

No es lo tradicional lo que queremos hacer resaltar. Es que yo quiero conocer a ese ser humano que dice ser mi estudiante en carne y hueso, quiero palpar sus expresiones no verbales, la relación entre esas expresiones y las expresiones verbales y escritas, la forma en que se relaciona en vivo con los demás y conmigo, su género y su edad, el color de su piel, sus olores, su apariencia y su presencia sobre todo en un contexto local y extendido en el tiempo, lo que presenta un horizonte de problematicidad particular. También quiero que él haga lo mismo conmigo. Y si algo así como cierto futuro complejo de instrumentalidades y normas de uso contextual pudieran atender todas estos requerimientos a cabalidad, ¿entonces para qué tanta inversión en hacer que la virtualidad sea prácticamente como la realidad? Uno se puede ver tentado a concluir que todo esto tiene que ver más con aquella necesidad que el decimonónico Marx descubrió en el capital de hacer de todo una mercancía para manejar las crisis que se generan por su decrecimiento, que con hacer llegar las virtudes de la educación superior a toda la humanidad.

El problema es que estos asuntos que las configuraciones tecnológicas nos presentan no se resuelven según ustedes o nosotros pensamos que se deben resolver. Se trata de asuntos que se resuelven según cierto contexto duro económico y en cierto contexto cultural de conjunto, por lo que lo más que podemos hacer es promover cierta distancia reflexiva que haga posible un cambio cultural. Esta distancia reflexiva no se está promoviendo con descartar las opciones más automatizadas simplemente porque no estamos de acuerdo con ellas. Las opciones automatizadas pudieran llegar a predominar, aunque fuera quizás en cierto tipo de educación superior de segunda o tercera clase, lo



que necesitaríamos más tiempo para discutir. Nuestro juicio es que tampoco se está promoviendo la distancia reflexiva necesaria si oponemos lo tradicional a la educación a distancia, lo que sugiere que la deseada innovación está con la educación a distancia, y que lo importante son las nuevas fronteras de la educación a distancia, lo que en nuestra cultura tecnológica puede sugerir algo maravilloso, pero que en otro contexto más crítico sugiere una larga historia de ocupaciones de las tierras de otros que son bastante problemáticas. De hecho, el subtítulo de este panel pudiera ser un indicio del mismo problema que llevó al televisor a quedarse con la sala de estar en la casa y más recientemente con las habitaciones: ‘¿Tradición versus nuevos paradigmas?’ Digamos que se está poniendo en pregunta la dicotomía entre tradición y nuevos paradigmas, lo que es algo interesante. Sea como sea, ¿por qué es que hay que medir a lo viejo ante lo nuevo que en nuestro contexto es ya privilegiar lo nuevo, y no medir la cercanía presencial ante lo nuevo que ya pudiera significar otra cosa? ¿A ver todo el provecho que le podemos sacar a lo nuevo, por supuesto sin descartar lo viejo, a modo de consolación?

Pero volvamos a Feenberg, sobre todo a su optimismo. ¿En qué sentido, entonces, podemos plantearnos un modo de educación en línea (que es donde Feenberg prefiere poner el énfasis) que sea valioso? Feenberg, como otros filósofos de la tecnología, considera que la ciudad ---no la fábrica--- es nuestro mejor modelo para la educación en línea. (114) Nos plantea que la ciudad *“is the place of cosmopolitan interactions and enhanced communications. Its god is not efficiency but freedom. It is not dedicated to the rigid reproduction of the same, the ‘one best way’, but to the flexible testing of possibilities and the development of the new ---not hierarchical control but unplanned horizontal contacts; not simplification and standardization but variety and the growth of the capacities*

*required to live in a more complex world*". Es en este sentido que Feenberg defiende con gran optimismo lo que estamos llamando aquí educación a distancia: la idea es construir tecnológicamente un lugar que nos permitiera la experimentación que se hace posible gracias a la flexibilidad interpretativa de las tecnologías de nuevo cuño envueltas y que nos permitiera una interacción más abarcadora y global que pudiéramos denominar 'a distancia' sólo en el sentido de un cosmopolitanismo que hasta ahora ha sido meramente soñado puesto que ha sido imposible debido a barreras de tiempo y espacio. Tampoco Feenberg está hablando tanto de cierto tipo de curso o currículo que pudiera ser a distancia o en línea, sino de los recursos a la disposición de un ofrecimiento curricular. Es decir, propone cierto modo de educación tecnológicamente habilitada para superar los tipos de provincialismo que tanto daño han hecho a través de la historia de la educación. Y bien. Pero entonces no veo porqué llamarle a esto educación a distancia o educación en línea, puesto que lo central es la superación de cierto modo de encerramiento, aislamiento o insularismo, no la cuestión de que te puedes educar, digamos, desde la comodidad de tu computadora en el taller de trabajo, o desde la comodidad de tu computadora personal en el hogar, sin tener que montarte en un automóvil, sin tener que buscar estacionamiento, o algo por el estilo. De lo que habla Feenberg —que es de lo que hay que hablar--- es de educación como debe ser. El asunto de los arreglos que uno tenga que hacer para ello es asunto secundario. De hecho, la comodidad puede transformarse en un provincialismo o encerramiento de nuevo cuño.

Sea como sea, lo más importante no son las palabras que debemos usar para describir el ambiente educativo que pudiéramos querer. Lo más importante de un optimismo como el de Feenberg es el aspecto de promover el desarrollo de las

capacidades que se requieren para vivir en un mundo más complejo, que es como él mismo y como otros muchos defensores de alguna modalidad de educación en línea traen el argumento central a su favor. Feenberg, quién ha participado en proyectos de educación a distancia, tiene razón cuando nos dice que *“using email and computer conferencing, faculty in many American universities have for years now been reproducing the excitement of classroom discussion on line. For the instantaneous back and forth of real-time discussion, a slower but still engaging day-to-day rhythm is substituted. With time to reflect and compose questions and answers, students who might never have participated in a face-to-face setting bring forward their ideas.”* (126) Este línea de defensa es muy común. En el mismo número de la revista **Hermes**, planteaba otro profesor en su artículo una lista de ventajas de la educación en línea. Decía, por ejemplo, que “otra ventaja de los cursos en línea es que fomentan la participación de los estudiantes reservados o tímidos que participan poco en el salón de clases. En los cursos virtuales no hay la misma presión de grupo y el estudiante introvertido se comunica con mayor libertad, quizás también porque tiene más tiempo para pensar y ponderar lo que quiere decir.” (5) Otra cosa que dice así como si tal cosa es que “durante la última huelga” en la Universidad, sus “estudiantes trabajaron sin interrupción desde sus casas” y él hizo lo mismo desde la suya (lo que nos pudiera invitar a otra reflexión con un carácter político más específico). (4)

Una pregunta que nos hicimos en nuestro artículo para **Hermes**, pregunta que ya habíamos hecho en el libro **Anti-profesor** es la siguiente: ¿en qué sentido es un verdadero logro que alguien que no esté muy dispuesto a participar en persona en un salón de clases esté dispuesto a participar a distancia? El ambiente en el valioso lugar que presuntamente

puede ser la educación a distancia es “esencialmente un mundo escrito”, como nos dice Feenberg, y es un éxito porque ayuda a cierto tipo de alumno a expresarse, aunque en persona sea tímido verbalmente. Nuestro juicio es que la participación escrita y a distancia de dicho alumno es valiosa si el ejercicio eventualmente se traduce en cierta superación de la timidez, pero sólo en ese caso. “La verdadera prueba de fuego” señalamos en el artículo en **Hermes**, “es frente a frente, que es como aún requieren la vida social y política”.

En este caso, mi otra objetora, Heidi Figueroa, señaló que la propia experiencia que pudiéramos llamar presencial y no tradicional, tiene una dimensión digital. Pues no existe ningún rincón de nuestras vidas que no esté en alguna manera conectada a las tecnologías de información y comunicación. No puedo estar sino de acuerdo con ella. No voy a discutir lo de que todos y todas somos cyborgs, con lo que también estoy de acuerdo, sobre todo desde el punto de vista de que los fines menos pensados de las tecnologías que elegimos regularmente pasan a ser nuestros fines junto a los otros más pensados, por lo que no hay una frontera clara y definida entre nosotros y las tecnologías a nuestra disposición. Eso lo discutimos en otros escritos y ocasiones. Y sin embargo, no entendemos porqué tomar como un hecho inevitable, como tampoco entendemos porqué tomar como un hecho deseable, que nuestras sociedades —como la colega nos dice--- se organicen y administren cada vez más a través de las redes de tecnologías de información y comunicación. De hecho, nuestro juicio es que no se trata de las redes de tecnologías de información y comunicación, sino de particulares configuraciones de dichas redes.

Hay razones para pensar que esto puede ser uno de los problemas centrales de

estos tiempos. Decía Ernesto Sábato en una pequeña joya literaria en torno a estos asuntos tan característicos de los tiempos que “El hombre se expresa para llegar a los demás, para salir del cautiverio de su soledad”. (19) ¿Qué es lo que pudiera estar operando en una sociedad para la cual la timidez en la cercanía, la timidez presencial, de un alumno pudiera ya no ser algo a superar, sino que más bien la cosa es que de todas maneras más adelante en su vida de adulto no va a necesitar tanto hacerse sentir presencialmente? Lo que acontece entonces es algo así como que nos entregamos a cierto tipo de organización y administración social con experiencias cada vez más mediadas por tecnologías de imagen e intercambio virtual, sin haber pensado lo suficiente si es lo mejor para la humanidad, lo que no corresponde a la Universidad. Pudiéramos estar acostumbrando así a los jóvenes a entregarse a lo que venga de los Bill Gates y de los Akio Morita del mundo, aunque la profesora Figueroa advierta con tanta razón que se necesita generar movimientos de resistencia desde el interior de estas mismas redes, a lo que da varios ejemplos reveladores de los esfuerzos que se hacen para corregir injusticias y desigualdades que se dan en el interior. (12) La dificultad aquí, desde nuestro punto de vista, es que la resistencia no debe comenzar y terminar en el interior de las redes, sino que hay algo de gran valor en lo cercano y presencial que requiere cierto privilegio especial, por lo que las instrumentalidades debieran estar orientadas a fortalecer lo cercano y presencial frente a lo distante cosmopolita y necesario. Y sé muy bien que puede sonar elitista y que no está de moda hablar de privilegios especiales, como que lo virtual y lo presencial pudieran valer lo mismo, o porque al fin y al cabo en estos tiempos todo pudiera valer lo mismo, que es lo mismo que decir que todo pudiera valer nada.

Para colmo, el caso del que hablábamos podría no ser de timidez, o que sólo

pareciera ser así. Podría tratarse de un prejuicio social; podría tratarse de preferir no tener que compartir o no querer exponerse a cierto tipo de persona diferente o situación conflictiva; podría tratarse de no estar dispuesto a negociar el uso del tiempo con otros y otras y a entrar en una vida arriesgada y enriquecedora social y políticamente. Podría tratarse de querer minimizar los estorbos que la cercanía y la presencia traen al consumo seguro, fácil e individual, el equivalente pedagógico del “*user friendliness*” que mi hijo puede encontrar en un videojuego sin tener que salir a buscar a los vecinitos que hacen lo mismo frente a su propio televisor y sin tener que inventarse los parámetros y términos de un juego que no necesariamente es de ganadores y perdedores. Jacques Perriault habla de estudios que demuestran que “la manipulación de los videojuegos . . . enseña a anticipar un acontecimiento y a descubrir una regla, lo cual constituye un ejercicio de inducción”. (200) Y bien. Las mamás por lo pronto también pueden concluir que los videojuegos entonces son buenos porque preparan a los jóvenes para el futuro. Por supuesto que la educación debe ser más como la ciudad que como la fábrica; ¿pero es una ciudad crecientemente virtual e individualizada lo que queremos promover en el pre-mundo que es la Universidad?

Un punto excelente de la profesora Figueroa es que las investigaciones sobre comunicación mediada por computadora tienden a coincidir en que la comunicación de los sujetos en los ambientes virtuales no puede ser vista como menos comprometedora que la interacción cara a cara, que se construye un tejido social de significaciones que comprometen cognoscitivamente y afectivamente al sujeto. Cita varios estudios, a los que puedo añadir los de autores como Sherry Turkle y el escocés Gordon Graham. También estoy de acuerdo con esto, lo que precisamente veo como la agudización de la

problemática del pre-mundo con el que pueden estar viniendo a comprometerse nuestros estudiantes.

Vuelvo y pregunto en un contexto más adelantado en la discusión, ¿para que tratar de reproducir *“the excitement of classroom discussion on line”* si podemos mejor esforzarnos por extender las virtudes de la discusión presencial universitaria a quién no las tenga a su alcance con la ayuda de los recursos que nos ofrece la red? Lo mismo se puede decir de los *“cosmopolitan interactions”* que caracterizan a la genuina gran ciudad. La cosa es tener dichas interacciones; no es tenerlas virtualmente. No es lo mismo que los profesores de literatura inglesa pongan sus silabarios, sus notas y un creciente número de *links* en línea, que los estudiantes puedan discutir a *Hamlet* entre ellos virtualmente y con estudiantes y actores alrededor del mundo, luego de haber visto una presentación de primera en línea, para tener una discusión en clase, y que algunos planifiquen ver un *performance*, y otros puedan llegar a querer revivir el teatro puertorriqueño, que tener la discusión virtualmente, satisfacerse con lo que pueda ofrecer la pantalla en cuanto a la dramatización, y no llegar a ver la relación entre el empobrecimiento de las artes de representación en gran parte del mundo y el reino de tecnologías de información y comunicación que tienden a remitirnos a lo lejano a expensas de lo cercano, sobre todo en estos lares bastante periferales. Tampoco aquello es lo mismo a que el curso de literatura inglesa nuestro estudiante lo tomara con un experto en Shakespeare que reside en San Francisco, California, donde por cierto hay buen teatro, y donde poco se entendería o importaría el estado de las artes dramáticas en Puerto Rico. Por supuesto que la problemática puertorriqueña podría ser abordada con un tutor local. Preguntémosnos, no obstante, si para el alumno serían igualmente importante lo que discutiría con le tutor local

y lo que escucharía del experto ubicado en San Francisco.

Algo análogo a todo esto podemos decir de un estudiante que bajara información directamente del telescopio *Hubble* para la discusión que va a tener en la clase de física en una tarde soleada en la Universidad de Puerto Rico en Humacao. Poder bajar la información del *Hubble* es maravilloso, pero es el estado de la investigación en física en Humacao lo que debe ser importante para nosotros. Esto nos recuerda el testimonio admonición que hiciera un profesor de física destacado en MIT. El profesor estaba preocupado porque sus estudiantes subgraduados de física no estaban aprendiendo y estudiando tanto la física como tal sino *Physics, The Movie*, por estar tanto tiempo frente al ordenador, a la merced de programas preparados por otros y poco conscientes de las limitaciones de dichos programas, el carácter teórico de sus aproximaciones y las fallas en las simulaciones que a través de ellos se promueven. Por otra parte, en Puerto Rico sabemos que entre el 60 y el 70% de nuestros estudiantes universitarios no hacen un genuino experimento de laboratorio en sus clases de ciencias naturales. Aquí tenemos un sentido de educación 'a distancia' que es muy antiguo: cierta imitación de la educación que puede ocurrir entre las cuatro paredes de un aula muy común. Esto que estamos planteando no es como la famosa y errada protesta de Sócrates ante la palabra escrita. Sócrates, como tal vez ya saben, protestó que los jóvenes dejarían de desarrollar sus mentes si ya no tenían que aprender de memoria los grandes poemas. En la antigüedad nunca se pretendió que la palabra escrita fuera otra cosa que un sutil y maravilloso simulacro de realidad, quizás cierto tipo de tecnología auditiva de información y comunicación en sentido bien amplio. Aquí a veces parecería como si se pretendiera sustituir la realidad. Esto no tiene que ver con el problema filosófico de si podemos saber



lo que es la realidad o no. El problema es que no hay suficiente asombro y escepticismo ante el ambiente digital, tampoco parece haber suficiente preocupación política.

Ya en otros escritos he discutido lo que implica tratar de complacer a quien no pueda asistir a la universidad de hoy. Eventualmente casi nadie podrá asistir. La calle es peligrosa, se tiene un hogar o unos niños que cuidar o un trabajo muy lejos; o es simplemente muy incómodo tener que (etcétera). Las clases más altas podrían ser la excepción, pues probablemente se den cuenta bastante a tiempo de que se trata de una educación de segunda para el pueblo, que de todas maneras podría estar destinado a pasarse la vida prácticamente frente a un monitor o un gigantesco televisor. Un buen número de prestigiosas universidades ya modelan su incursión en la educación en línea alrededor de la idea de que es para el pueblo, y que es muy “*profitable*”, por cierto. De hecho, la educación a distancia puede convertirse en la más reciente expresión del deseo de separar a las clases sociales y hasta excluir pueblos y naciones enteras de una genuina educación universitaria. Ni hablar de las madres solteras, por lo que uno puede preferir que hayan genuinos y presenciales centros de cuidado diurno y cuidado extendido para que las madres puedan asistir a la universidad.

Otro aspecto del argumento de Feenberg es la importancia que atribuyen optimistas como él al llamado mundo escrito. “*The use of writing imposes a discipline and helps focus thinking. . .*” (126-7) ¿Durará mucho esto de tener que escribirnos para sacar provecho humano de estas redes? ¿Durará mucho, por ejemplo, esto de que los MUDs más interesantes sean comunidades de escritura que excitan y expanden la imaginación quizás tanto o más que la literatura tradicional? Es muy difícil contestar estas preguntas. Una imagen visual puede ser tan compleja y tan enriquecedora como un poema, sin duda. Y

esto ha venido exigiendo una reflexión que debe adquirir nuevas alturas en el siglo actual.

Sin embargo, podemos adelantar que en nuestra cultura es la comodidad visual lo que tiende a reinar, no sólo como deseo sino como actualidad. También la comodidad en la satisfacción de los deseos. No es la complejidad lo que promueven los complejos tecnológicos que se arraigan. A raíz de tantas opciones a nuestra disposición, cambiamos de canal y prendemos y apagamos el aparato con demasiada facilidad. La pornografía en el web no es sólo más lucrativa que cualquier rincón virtual de intimidad textual, sino que también es más popular. Una de las principales razones por la que el email es palabra escrita es técnica. Ha sido una maravilla, sin duda, poder presenciar ese renacer de la epístola en medio del desarrollo de tecnologías de fácil telefonía. Pero pronto la gente común podrá dictarle a la computadora. La computadora también podrá leer en voz alta. Todo esto es resultado de la tendencia hacia la autonomía operacional de la máquina. Pensemos el asunto en forma más amplia. Tomemos otros ejemplos de cambio tecnológico reciente. ¿Qué ha pasado con la noticia escrita ante el noticiario televisivo que es sobre todo visual? No estamos hablando de viejos intelectuales como nosotros, que pudiéramos preferir recurrir a la mejor prensa mundial a través de la red. En las condiciones más generales de vida actual, ¿el noticiario televisivo actual —que predomina---ofrece la misma calidad de información que el noticiario escrito?

Pensando no ya tanto en la calidad sino en el enfoque que nos ofrece el satélite, ¿qué hay de verdaderos talleres para las artes en Puerto Rico? Sin duda, hay genuinos éxitos. ¿No somos también testigos de un proceso de regionalización en el que difícilmente se sostienen los talleres locales tanto para el arte dramático como para el noticiario y la música? ¿Hasta que punto no estamos exponiéndonos a unos

debilitamientos semejantes con la educación a distancia?

Estos ejemplos apuntan a un problema que los intelectuales más optimistas no llegan a discutir propiamente. En el contexto cultural actual, los cambios tecnológicos que más se promueven requieren sobre todo un carácter disciplinado y creativo que los maneje a conciencia y pueda llegar a rediseñar los equipos de modo que tiendan a fortalecer la presencia y la cercanía. Se necesitan ingenieros más orientados a lo que las humanidades les pueden ofrecer y humanistas más orientados a la crítica y a la reforma de lo que las ingenierías hacen tanto con el taller de trabajo como con el tiempo libre de la gran mayoría de la humanidad. No obstante, los mismos cambios que se promueven conducen sobre todo a la fragmentación del trabajo y el estudio más especializado, y al relajamiento del carácter y el debilitamiento de la creatividad de la gran mayoría. ¿Por qué es que una de las áreas de más éxito en la educación a distancia son las maestrías especializadas para ejecutivos que no tengan que salir del plantel industrial para adquirirlas? ¿No es al menos en parte porque es conveniente políticamente para unos poderes en nada interesados en que el empleado tenga algunas de esas distracciones reflexivas accidentadas y periferales que se dan en los pasillos y en los banquitos de una genuina Universidad?

En conclusión, parecería que con la educación a distancia como complemento a la educación presencial se puede lograr más en sentido de traer diversidad a los modos de ofrecimiento curricular como también de llegar a públicos a los que no llegamos ahora. ¿Y quién es el interlocutor que anuncia esta última bondad? ¿De dónde viene? Si todos optamos por llegar mas lejos a través de la educación a distancia, ¿qué pasará con lo que dejamos atrás o lo que dejamos fuera? Llamémosle lo cercano y presencial, el encuentro

fuerte que discutimos en **Anti-profesor**. Detrás de la buena voluntad de atender nuevos clientes pudiera esconderse un nuevo modo de exclusión. El asunto es político por muchas razones. Una de ellas es que son las universidades de los países ricos las que tienen más oportunidades de penetrar y predominar con sus productos. Véase toda la discusión reciente al respecto en el ***Chronicle of Higher Education***. El asunto es análogo al asunto de los mercados bajo la globalización. También es cercano a la televisión que puede ir convirtiéndose en mera repetidora de la programación de la Florida, de Atlanta o Nueva York.

Albert Borgmann, nuestro pesimista, puntualiza en el patrón cultural de este debilitamiento. *“The pleasures of consumption”*, los placeres que tienden a predominar en la cultura de hoy, *“require no effort and hence no discipline. Few proponents of course would claim that distance learning will be effortless. But they fail to see that the discipline needed to sustain effort in turn needs the support of the timing, spacing and sociability that have been part of human nature ever since it has evolved in a world of natural information”*.

El problema central es que la cercanía del salón presencial y la cercanía del ambiente universitario tienen que ver con destrezas, conocimientos y valoraciones que bien pueden quedar opacadas y omitidas en la educación llevada a grandes distancias en forma casi inevitablemente fragmentada e incompleta.

Mejor alertar que ser pesimista como Borgmann u optimista como Feenberg. No hay ninguna forma de proteger lo cercano ante esta amenaza que no sea un cambio profundo en nuestra cultura tecnológica. Las tecnologías no son meras instrumentalidades que hacen esto o aquello más fácil. Nos cambian; nos instrumentalizan a su vez; es decir, en lo que facilitan esto o aquello, también hacen más difícil o parecer menos importante

algo otro que podemos perder de vista. Tienen fines políticos y culturales implícitos que requieren análisis y evaluación que conduzca a nuevos y diferentes diseños que impliquen un verdadero progreso. Tampoco cambian o avanzan en una sola posible dirección. A veces son un genuino retroceso. Desde las periferias de donde se inventan los sistemas actuales, los estudiantes pudieran perder un sentido amplio de la importancia de lo cercano. También quizás un buen número de profesores. En un futuro bastante lejano lo que pudiera llamar la atención sería quizás el experto lejano, el profesor estrella; el “*star performer*” aludido por Feenberg en lo que la administración “*cuts costs*”. La educación pudiera dejar de establecer vínculos fuertes con lo cercano, con el recinto en el que la universidad se hace un hogar y una morada desde donde contemplar, criticar y cambiar el mundo. Pudieran debilitarse los vínculos con la ciudad, la ciudadanía y las colectividades locales que en sus encuentros con lo lejano pueden simultáneamente tener la obligación paralela de proteger la diferencia valiosa, y la diversidad y la profundidad que enriquecen el cosmopolitanismo y constituyen la razón de ser de una verdadera universidad.

#### REFERENCIAS PRINCIPALES:

Albert Borgmann, ***Holding on to Reality: The Nature of Information at the Turn of the Millenium*** (The University of Chicago Press, Chicago, 1999)

Andrew Feenberg, ***Transforming Technology: A Critical Theory Revisited*** (Oxford University Press, Oxford, 2002)

Gordon Graham, ***The Internet: A Philosophical Inquiry*** (Routledge, Londres, 1999)

Todos los artículos en **Hermes: Revista del Centro de Enseñanza Complementada por la Internet**, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez, Vol. 2, Núm.6, Noviembre 2002

Héctor José Huyke, **Anti-profesor: Reflexiones contra el profesor y su estudiante con particular atención en la sociedad, el conocimiento y las tecnologías que se**

**promueven** (Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2001)

-----, “*Toward an Ethics of Technologies as Prostheses*” en Leonard J. Waks (comp.), Número especial del ***International Journal of Technology and Design Education***, “***Philosophy of Design, Design Education, and Educational Design***”, Vol. 11, Núm. 1, 2001

-----, “*Technologies and the Devaluation of What is Near*” en ***Techne***, Vol. 6, Núm. 3, 2003

Jacques Perriault, **Las máquinas de comunicar y su utilización lógica**. Traducción de Alicia Bixio. (Gedisa, Barcelona, 1991)

Ernesto Sábato, **La resistencia** (Seix Barral, Barcelona, 2000)

Sherry Turkle, ***Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*** (Touchstone, Nueva York, 1997)